Globethics Repository



Adiós cultura y hasta la vista cultura política [Goodbye culture and political culture bye]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Andrade, Xavier
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-17 20:48:49
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/219040

Adiós cultura y hasta la vista cultura política

Sobre el tratamiento sociológico del regionalismo y populismo en Ecuador

XAVIER ANDRADE

El presente artículo revisa el análisis sociológico en Ecuador con relación a temas tales como regionalismo, cultura política, populismo y machismo. Sin proponérselo, en los últimos lustros los exámenes sobre estas cuestiones, quizá por no prever a fondo sus instrumentos teóricos, han propuesto interpretaciones que apuntan a reproducir los prejuicios culturales y políticos de las elites costeña y serrana. Fijados en la idea de una transacción mimética entre líder y masa, estos análisis no profundizan acerca de los verdaderos y diversos valores populares tejidos alrededor de cuestiones como, por ejemplo, clase, pueblo y poder.

En su discusión sobre la noción de «campo cultural», Pierre Bourdieu ubica a los intelectuales en la posición correspondiente a una fracción dominada de la clase dominante (p. 291); con capital simbólico pero privada de capital económico, la producción intelectual es propia del campo cultural, un campo a su vez subordinado pero relativamente autónomo de determinaciones políticas y económicas. El presente artículo explora la problemática que se origina entre un discurso, el académico, que en Ecuador posee un cierto grado de capital simbólico, y que debido a la ausencia de una postura suficientemente reflexiva sobre su articulación subordinada a formas de domi-

XAVIER ANDRADE: profesor visitante en Flacso-Ecuador; se halla finalizando su investigación doctoral sobre masculinidad, pornografía y caricatura política en el Ecuador contemporáneo para la New School for Social Research de Nueva York, donde es candidato a doctor en Antropología; actualmente, entre 2000 y 2001, desarrolla proyectos de video documental en Tamil Nadu (India) sobre el carácter cultural de la mirada, la circulación de iconos cinematográficos locales y el consumo de imágenes occidentales.

Palabras clave: cultura, cultura política, regionalismo, elites, ciencias sociales, Ecuador.

nación, ha terminado reproduciendo los estigmas construidos y perennizados por debates ideológicos entre las clases dominantes[1].

Esta es una lectura de los argumentos centrales sobre la así llamada cultura política y el asunto regional en Ecuador, cuya reflexión académica constituye una de las temáticas de estudio preferenciales en ciencias sociales en el país. De hecho, el tema regional está en la base de la constitución de la sociología y de la ciencia política por una muy buena razón: desde sus orígenes republicanos Ecuador ha visto el desarrollo de tensiones regionalistas mejor ejemplificadas por los conflictos entre las elites de la ciudad con mayor concentración poblacional, financiera e industrial, Guayaquil, y las de la capital administrativa, Quito. Guayaquil en la costa del Pacífico y Quito en las alturas andinas, concentran aproximadamente un tercio de la población y ambas ciudades se han constituido a través de la historia en polos regionales. En años recientes, el país estuvo en más de una ocasión al borde de divisiones administrativas radicales, con peticiones de autonomía y propuestas federalistas movilizadas principalmente desde la costa en contra del centralismo quiteño. Elites regionales en Guayaquil han promovido un abierto descontento popular con el poder central y capitalizado políticamente sus propias demandas de clase, mientras que las elites capitalinas han hecho lo propio exacerbando los sentimientos populares con los contenidos peyorativos inherentes al término «regionalismo» para denunciarlo como una amenaza a la existencia misma de la «nación» ecuatoriana[2].

Por supuesto, sin ser un fenómeno particular de este país, el regionalismo ecuatoriano tiene particularidades dignas de ser resaltadas. So pena de reducir las poco estudiadas complejidades «culturalistas» de la temática regional,

---

1. El título de este trabajo es tomado, en parte, del de Michel-Rolph Trouillot sobre los problemas derivados del uso del concepto de «cultura» en antropología. Debido a razones logísticas mi revisión de fuentes secundarias fue limitada. Sin embargo, sostengo que mis argumentos son aplicables para entender las líneas generales de interpretación de los temas a tratarse, y como tal aspiro a aportar de manera preliminar a un debate que cuestione el encapsulamiento disciplinario tanto sociológico cuanto antropológico y el manejo instrumental de las nociones de cultura y de cultura política en Ecuador. El análisis de los autores aquí citados, por lo tanto, no es ni exhaustivo ni pretende singularizar su obra, sino por el contrario ubicarla dentro del ambiente intelectual más general que informa este ejercicio. Agradezco a Carlos de la Torre por su lectura de versiones preliminares y a *Nueva Sociedad* por invitarme a sistematizar estas ideas.

2. El contenido de homogeneidad étnica que supone el concepto de «nación» está bajo cuestionamiento sostenido en Ecuador desde que los movimientos indígenas cobraron fuerza en los años 90. En política y en sociología, la de región es una de las categorías centrales para definir formaciones sociales que coinciden con las dos mayores áreas geográficas (costa y sierra). En este artículo, la región es entendida como la dimensión espacial de formaciones sociales particulares organizadas bajo economías políticas desiguales (v. Lomnitz-Adler, pp. 59, 66), y regionalismo como una ideología que intenta explicar las expresiones políticas que tienen lugar en tales espacios. Por ideología, siguiendo la crítica de Asad a la antropología social británica, entiendo la concepción implícita que analistas, políticos y elites hacen del regionalismo como «la expresión de un sistema *a priori* de significados esenciales» (p. 611). Considero que la preocupación por retratar culturas/políticas opuestas y «auténticamente» regionales se halla en la base del debate actual sobre lo político en Ecuador.

esto es las historias, prácticas y representaciones que habitantes de una y otra región elaboran sobre sí mismos y sobre los otros, en este trabajo abordaré el tratamiento del tema del machismo como una dimensión que, por haber sido situada como una referencia central en el tratamiento de la cultura, la cultura política y el regionalismo, abre una puerta para entender la urgencia de intervenciones antropológicas en una discusión que, por bien intencionada que fuera, sugiero, ha estado entrampada en el vocabulario estigmatizante de los mismos discursos elitarios.

Cultura y cultura política

A inicios de los años 90, varios analistas reconocieron la necesidad de incorporar en el debate sobre la cuestión regional aspectos sobre la cultura, esto es los «valores y códigos dispersos y dislocados en el mundo de los oprimidos» (Burbano de Lara 1992, p. 137); cultura popular (aunque limitada a elementos que explicaran rebeliones, como en el caso de Maiguashca/North); o cultura política (Menéndez-Carrión 1991). Esta autora, en trabajos posteriores a su influyente estudio de 1986 sobre el comportamiento electoral de sectores suburbanos en Guayaquil, sin duda una de las obras mayores de ciencia política en el país, guarda el mérito de haber postulado una agenda para el estudio sistemático de aspectos antropológicos relacionados con la política, agenda que sin embargo no logró generar, una década más tarde, mayor profundización sobre los temas, siempre parciales como propongo a continuación, allí señalados[3].

Una vez señalados los límites del estudio de los procesos electorales para entender la complejidad del comportamiento de los electores, Menéndez-Carrión define «cultura política» como «las nociones internalizadas, creencias y orientaciones valorativas que los actores políticos comparten –a nivel de clase, segmentos de clase, o a nivel grupal simplemente» (1991, p. 274). La autora distingue cuatro dimensiones en relación con las cuales tales ideas deberían ser estudiadas para complementar el análisis sociológico: «i) cómo opera el sistema político; ii) el papel que ellos y otros actores políticos cumplen y deberían cumplir en dicho sistema; iii) los beneficios que el sistema les reporta, o debería reportarles; y iv) cómo acceder a estos beneficios» (ibíd.; v. tb. 1986, p. 68).

El concepto de cultura, en este contexto, es restringido en un cuádruple sentido. Primero, la cultura es algo monolítico, esto es esencialmente homogéneo

3. Como contraparte, debo enmarcar estos comentarios en un cuestionamiento también a la antropología ecuatorianista por haberse mantenido al margen del debate sociológico sobre la política, salvo cuando actores indígenas estuvieren envueltos y esto como aportes al campo de estudio de los movimientos sociales. La característica actitud esquiva de la antropología para analizar temas relativos al poder político, y yo añadiría para el caso de Ecuador las estructuras de dominación y el carácter de la democracia, es por supuesto una carga histórica de la disciplina como tal (para una crítica, v. Roseberry; y para alternativas teóricas que han considerado al poder como un elemento indiscriminable del análisis cultural, v. Wolf).

y compartido; segundo, es un término que se reserva para estudiar meramente el plano ideacional: nociones, creencias y valores, como si estuvieran desconectados o, en el mejor de los casos, fueran solamente epifenómenos de condiciones estructurales; tercero, interesan solamente las ideas que hablan sobre las formas institucionalizadas de lo político: el «sistema»; cuarto, la atención se centra en particular en ideas que calzan en la categorización que la autora hace de una forma instrumental de percibir lo político medida en términos de acceso a beneficios.

Menéndez-Carrión introduciría también la noción de «cultura política autoritaria» para referirse a los imponderables de una democracia que, desde su reinstauración en 1979 hasta el presente, se ha caracterizado por incluir entre sus principales actores a líderes populistas tales como Abdalá Bucaram (1996-1997) y conservadores como León Febres Cordero (1984-1988), ambos ex-presidentes que dominan la votación en la ciudad más grande, Guayaquil. Menéndez-Carrión, sin embargo, no singulariza el autoritarismo refiriéndose a ciertos actores o sectores del electorado sino a elementos del sistema político como tal: la participación de las Fuerzas Armadas como actores políticos, las formas de acceso al poder, la falta de sistemas de rendición de cuentas en todas las instancias del poder y de legitimidad de las instituciones, y el tipo de expectativas que los electores guardan para con sus líderes.

Durante la década de los 90 la etiqueta de «autoritaria» añadida a la cultura política sin embargo ha sido transferida de su intencionalidad inicial, esto es la de intentar explicar las «fragilidades» de la democracia ecuatoriana en su conjunto, hacia la caracterización de líderes y electorados guayaquileños en particular. Describo este movimiento de ideas yendo de la teoría directamente hacia la política, lo cual supone implicaciones adicionales sobre el término cultura, las mismas que hacen de su uso algo todavía más sospechoso para el análisis sociológico, como lo sugiero a continuación mediante un análisis representativo de la respuesta académica a coyunturas electorales[4].

En un análisis de coyuntura que analiza la «sorpresiva» votación masiva lograda por un candidato populista en las elecciones de 1998, o sea un año y medio después de la caída de Bucaram, otro cientista político, Fernando Bustamante (1998) sumariza la posición que aquí critico mediante el uso de una desafortunada metáfora que sirve para ilustrar los problemas derivados de concepciones limitadas sobre «cultura»[5]. Después de caracterizar dos «mun-

4. Este movimiento guarda resonancia con lo que ha sido previamente identificado por De la Torre en sus estudios sobre populismo (2000), como una estrategia discursiva característica de los sectores políticos modernizantes y de los medios masivos para referirse al populismo de Bucaram.

5. Remito al lector a la obra antes citada de De la Torre para una mejor contextualización del gobierno de Bucaram, su llegada al poder y su salida. Bucaram se halla autoexiliado en Panamá por tercera vez en las dos últimas décadas. Su breve gobierno estuvo plagado de acusaciones de corrupción, sin embargo continúa siendo un actor clave en la política ecuatoriana. A la preocupación por Bucaram, figura sin duda polarizante, se le debe la prolifera-



© 2001 Gustavo Zajac/Nueva Sociedad

dos» o «formas de acción política» distintos y opuestos arquetípicos de la costa y de la sierra –la costeña «machista», de «padrinos» y caciques que movilizan «las rutinas sociales y culturales más tradicionalistas», la serrana «racional-burocrática» y «post-tradicional»– concluye que el regionalismo, por «ponerlo metafóricamente, es la guerra de don Corleone contra Max Weber» (p. 34). Los sectores populares guayaquileños, «los pobres, se sienten niños que quieren padres y no gerentes administrativos. El genio de roldosistas y social-cristianos [los partidos que, sistemáticamente, se disputan el control en Guayaquil y que hacen uso de retóricas y formas de movilización populistas] es haber logrado hacer de la figura del jefe, la figura de ese padre tradicional y cercano, de la que el pobre-huérfano hace el centro de su hogar cívico» (ibíd.). En una elaboración más acabada de estas oposiciones, Bustamante habla de tales culturas («populismo cacical/patronal» y «modernismo cosmopolita») como «dos *ethos* o sistema de hábitos pragmáticos: entre la política como relación jerárquica que vincula a personas y comunidades concretas, y la política como gestión científica de medios con relación a fines abstractos» (2000, p. 91). Cuando este autor acude a la cultura y/o a la cultura política, entonces es para ver todos discernibles y homogéneos, sean en el nivel ideacional y/o de las prácticas, y para estigmatizar a las clases populares como meros apadrinados, servidores de líderes mafiosos, de hecho desposeídos de formas de pensar la política por ser infantiles y, por extensión, por hallarse emasculados. Leyendo las implicaciones de su argumento, el pueblo guaya-quileño necesita de «machos» (jefes, caciques, patrones) simbólica y económicamente proveedores. Allí se encontraría la esencia de las formas «populares» para pensar y articularse a la política. Estos argumentos ejemplifican una forma de colusión entre lo sociológico y lo político como es visto por las propias clases dominantes (v. De la Torre 1999).

En tales perspectivas, la cultura perdió aquel impulso analítico que todavía se distinguía en el trabajo de Menéndez-Carrión para pasar a reproducir, de forma transparente, uno de los usos públicos que el término tiene en Ecuador, de hecho, el mismo tipo de utilización que fracciones elitarias regionales han capitalizado históricamente para turnarse en el poder. Este es un uso de cultura-como-estereotipo, esto es, la traslación de prejuicios y/o nociones del sentido común sobre localidad, clase, género y raza que circulan en la vida cotidiana y que, por efecto de su repetición pública, y, en este caso, también de su explotación política, pasan a engrosar el vocabulario de las ciencias sociales sin beneficio de inventario (v., para estudios de caso sobre esta problemática, Andrade en prensa a).

La integración de temas tradicionalmente antropológicos dentro del vocabulario sociológico ecuatoriano, por tanto, es problemática por varias razones. En sus primeras formulaciones, el discurso sociológico otorga a los sujetos

---

ción de escritos sociológicos sobre populismo en los años 90 y la creciente eliminación de fronteras entre el trabajo académico y una agenda política «modernizante». Ejemplos de críticas internas a este campo son Ramírez; De la Torre 1999; P. Andrade.

tanto una forma restringida de percibir lo político (aquello que es relativo al «sistema político», léase instituciones y procesos electorales), cuanto una agencia específica para relacionarse con ello (el acceso a beneficios, uno debe suponer, materiales). En sus últimas encarnaciones ha emergido otro tipo de agencia, esta vez políticamente perversa, que sitúa la producción analítica de los académicos en función de la estigmatización de ciertos sujetos (los sectores populares guayaquileños). Las consecuencias de esta agencia productiva/reproductiva del análisis sociológico son mejor visualizadas una vez que se atiende a la centralidad del término «machismo» para las explicaciones de la «cultura política» dentro de estas mismas vertientes.

Machismo y populismo

La noción de cultura –una vez devuelta a una de sus más anquilosadas concepciones, aquella que la definía en tanto mero catálogo de rasgos, una idea ciertamente en plena vigencia todavía a través de sus múltiples usos públicos en Ecuador– requiere de una jerarquización de los elementos que así la componen como todos identificables, esto es, como una cultura política costeña y/o serrana, para el caso que nos atañe. Populismo y autoritarismo, ya mencionados, y machismo son nociones clave que se hallan íntimamente relacionadas en la tipificación resultante de tales formaciones políticas.

Para recapitular, en el caso ecuatoriano el análisis sociológico ha debido tratar con la existencia de dos culturas políticas regionales discernibles con mayor o menor facilidad de acuerdo con las fluctuaciones de sus electorados, a veces el voto seguiría líneas estrictamente geográficas y otras veces la frontera sería más permisible de lo esperado. A pesar de que las «sorpresas» electorales –un eufemismo utilizado para denotar la carencia de claves sistemáticas para entender el comportamiento de los votantes y los procesos y alineaciones políticas– han probado ser más bien frecuentes durante 20 años de democracia, hay elementos que han sido percibidos como estables en la cultura de la política guayaquileña, tal es el caso del machismo. Adicionalmente, la preeminencia otorgada a este término como parte esencial de la totalidad de una forma política, la guayaquileña, ha llevado a los analistas a brindar al machismo el papel alternativo sea de causa o de efecto de formas locales de poder[6].

En los tratados sociológicos de la última década, la dinámica dominante según la cual las partes (el machismo) han pasado crecientemente a representar, o por lo menos a tener implicaciones cruciales en las formas de explicación sobre el todo (la cultura, la cultura popular y/o la cultura política guayaqui-

6. Este no es el espacio para discutir la noción de machismo, la misma que se halla bajo sistemático escrutinio en el campo de la antropología sobre masculinidades. Solamente basta mencionar que su uso dentro de la literatura aludida es como una etiqueta negativa utilizada para denotar la «vulgaridad» de líderes y seguidores populistas, y no como una construcción llena de ambigüedades y de contestaciones locales, y de complicados usos políticos para representar los propios lenguajes de la dominación (v. Andrade en prensa a, y 2001).

leñas), emergería como un efecto directo del análisis del lenguaje y del desempeño masculinistas practicados por Bucaram como líder populista (v., entre otros, Burbano de Lara 1997). Especial mención, para efectos de este artículo, merece el trabajo de De la Torre (1996, 2000) por ser probablemente el más sistemático y el que más espacio ha brindado para discutir cuestiones de masculinidad en la construcción de la imagen del líder populista.

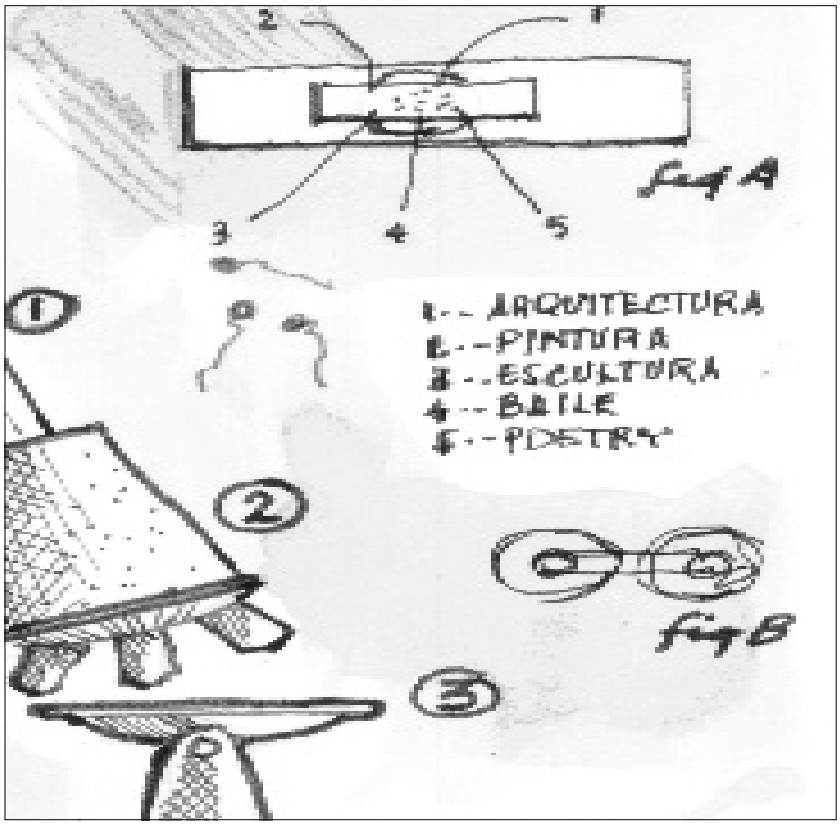
De la Torre ha tenido el valor de plantear que la estigmatización del populismo guayaquileño es el efecto de la activación del discurso de las elites políticas y económicas tradicionales, de Guayaquil y de Quito por igual, que construirían a Bucaram como a un «repugnante otro» con la finalidad de singularizarlo como alguien abyecto frente a los verdaderos ideales democráticos y modernizantes. Su argumento incluye también elementos para considerar cómo la academia misma ha apuntalado históricamente tales sentidos de abyección. El análisis de De la Torre sobre las razones por las cuales Bucaram es consistentemente acogido por las masas en Guayaquil, en la costa y en sectores de la serranía, reposa en datos concernientes a sucesivas campañas electorales del líder populista. Si bien en este sentido el trabajo de este autor es excepcional en levantar información desde los mismos participantes en esas campañas, existe todavía una tendencia a pensar elementos identificados como culturales, o en su defecto como populares, en términos de una antropología que peca de algunos esencialismos. Cabe mencionar, primero, que el concentrar los esfuerzos investigativos en ciertos momentos, eventos o contextos particulares del proceso político, como las manifestaciones masivas movilizadas por líderes populistas durante el tiempo de elecciones, corre el riesgo de cobijar una metodología que tiende a enmarcar los hallazgos etnográficos bajo significados validados por el hecho de haber sido puestos en acción en contextos restringidos en tiempo y espacio.

Dos problemas interpretativos centrales se derivan de tal aspecto metodológico: la colusión sin mediaciones entre *performance* y contenido, y la identificación absoluta entre líder y seguidores. El primero atañe a la extrapolación que el autor hace entre, por un lado, los aspectos dramáticos desplegados por el líder populista con el propósito de asegurar votos, y, por otro, los contenidos de la cultura popular. De la Torre confunde la espectacularización de elementos de las culturas populares tales como la utilización de retóricas masculinistas, la incorporación de estilos del habla, de preferencias culinarias y de géneros musicales con el papel que dichos elementos representan en la definición de lo popular como es percibido por los propios sectores populares. En la base de esta equivalencia entre espectáculo y contenido reposa el supuesto de que los seguidores populistas carecen de una distancia para discernir entre lo que es *performado* (o sea seleccionado por el líder para ser puesto en escena como espectáculo) y los múltiples significados y la historicidad que tales elementos tienen para los asistentes.

Desde esta perspectiva, las referencias masculinistas de Bucaram, que han sido bien descriptas por De la Torre en su carácter de construcción política,

aparecen como aspectos a ser meramente «celebrados» por las masas. Si el énfasis es puesto en rituales electorales creados con el propósito de festejar a un líder dado, entonces este hallazgo etnográfico no pasa de tener un alto grado tautológico. Mientras el autor concluye que Bucaram reivindica «una cultura popular machista» (2000, p. 109), el hecho es que, primero, el mismo tipo de lenguaje se encuentra en Guayaquil a través de todas las clases sociales (ha sido igualmente explotado y con enorme éxito por León Febres Cordero, el adalid de la oligarquía tradicional guayaquileña), y, segundo, el machismo coexiste con otras formas de masculinidad entre los mismos sectores populares.

Para ser justos en este análisis, De la Torre mismo reconoce la utilización alternativa de formas caballerescas por Bucaram para otorgar significaciones políticas y de género a su propia imagen. El autor no reconoce, sin embargo, que los aspectos homofóbicos que componen una parte central de las múltiples formas en las que la masculinidad se expresa en sectores populares y elitarios por igual, no fueron seleccionadas por Bucaram para su *performance*, sino solo marginalmente (v. Andrade en prensa b). Más preguntas emergen una vez reconocido el carácter selectivo de la producción de una imagen polí-



tica: ¿cómo saber cuál de estas formas de masculinidad (y también de aquellas que fueron excluidas) son las que tienen mayor peso en lo que los sectores populares definen como masculino?; ¿y cómo trasladan esta definición al plano político? Esto es, ¿cuáles de estas formas efectivamente ganaron más votos para Bucaram, la del «macho», la del «caballero» o, cabe preguntarse, la retórica ideológica/populista propiamente?

En cuanto al segundo problema teórico y metodológico que aquí interesa discutir, existe, como en los casos anteriores, una tendencia a percibir la cultura política resultante como algo monolítico: el líder es uno, la masa también es una. La relación entre líder y seguidores es de total identificación, no hay espacio más allá de la «seducción populista» para distancias críticas. Una vez que se asume que los votantes votan por el espectáculo, el proceso del voto es reducido a una mera papeleta. En este nivel, quedan flotando preguntas adicionales que son básicas y son las mismas que han esquivado al análisis sociológico durante las últimas décadas: ¿qué piensa la gente sobre política, sobre clase, y sobre poder?; ¿cómo afecta su pensamiento en cada uno de estos niveles la representación que ella hace de lo político?

En el nivel metodológico sugiero dos entre muchas otras vías posibles de empezar a dilucidar estas cuestiones. La primera es reevaluar el tipo de fuentes dignas del análisis sociológico de la política. En mi propio trabajo, todavía en progreso, he escogido los escritos de un periodista político subterráneo de Guayaquil, Pancho Jaime, cuya celebridad en la esfera local durante los años 80 trascendió fronteras de orientación política, de género y de clase (v. Andrade 2001). Analizando su peculiar ubicación dentro de redes clientelares del populismo bucaramista en tanto una suerte de «*broker* ideológico», me interesa ver cómo la ideología emanada desde arriba, desde los líderes, fue negociada, producida y de hecho reformulada por Jaime, quien por hallarse en el plano de un llano seguidor populista –léase desprotegido de coberturas institucionales– estableció un delicado balance entre el aplauso al líder, la crítica de sus pactos y alineaciones políticas oportunistas y, adicionalmente, la capacidad de su partido para representar a los sectores desprotegidos[7].

El resultado de dicha estancia crítica y de la producción de un lenguaje que resitúa al populismo dentro del campo social más grande cual es el de la vulgaridad de la democracia en Ecuador, permite observar la producción de significados en su relación inmediata con cuestiones de poder y de clase, y de analizar a la «cultura» (para quienes insisten en que el concepto sea todavía necesario) como algo socialmente constitutivo (Roseberry, p. 28; Wolf, p. 67) que de hecho imprime su huella en los discursos del populismo y, más importante todavía, del desarrollo de la democracia. Elementos etnográficos de los sectores populares que han sido obliterados regularmente de los análisis aquí discutidos, pasan a tener por tanto un peso central en la consideración de lo

7. La expresión «*broker* ideológico» se la debo a Javier Auyero.

político tal como es visto por quienes lo formulan, con nociones sobre corrupción y violencia, por ejemplo, ocupando una mayor centralidad que la que se le ha otorgado (o con más frecuencia obviado).

Una segunda forma de contestar las preguntas lanzadas más arriba es considerando las categorías nativas en las cuales el lenguaje de la masculinidad y su relación con el poder político se formulan, atendiendo a términos locales como, por ejemplo, «aniñado» y «pelucón», entre otros que intentan recentralizar aspectos de clase en las representaciones que el pueblo hace de las elites, aspectos que gracias precisamente a las manipulaciones populistas han tratado de ser erosionados. Ambos términos contienen elementos que denuncian un travestismo que caracteriza a todos los políticos, incluyendo a los líderes populistas, a Bucaram y a Febres Cordero (figuras centrales de la política guayaquileña durante las dos últimas décadas que representan dos fracciones elitarias en conflicto). Mientras «aniñado» es utilizado para desfigurar la imagen masculina que es construida públicamente por las elites, al impregnarla con un carácter dudoso, «pelucón» se refiere a las elites emergentes que, como en el caso del populismo bucaramista, contagian con sus intereses de clase cualquier proyecto de redención popular. Estos mismos elementos fueron capitalizados por Jaime para intentar traducir la banalidad del poder en Ecuador; el populismo por tanto no aparece solamente como un arte de «seducción» sino como un problema de representación política a ser vigilado por las masas.

Adiós y hasta la vista

Una vez que se acepta la eficacia simbólica del pensamiento sociológico en lo que atañe al tratamiento de las categorías aquí discutidas –populismo, regionalismo y machismo– éstas resultan claves en un proyecto por disciplinar no solamente a los enemigos políticos, sino también a la gente común. El pensamiento sociológico sobre estos temas está embebido en estructuras analíticas que de hecho colaboran en la organización de prácticas sociales de dominación, de discriminación, de estigmatización y de violencia simbólica. Así considerado, el discurso intelectual «serrano», por hallarse su producción concentrada en la capital donde se encuentran los centros de ciencias sociales y los proyectos editoriales institucionalmente más sólidos, se convierte en un instrumento de dominación política, y la sociología y las ciencias políticas en un canal autorizado para perpetuar las fragmentaciones regionales. El regionalismo y el populismo operan en un nivel abstracto mientras el machismo lo hace en un nivel super concreto. Mientras los dos primeros son denunciados como el desafío más grave para alcanzar un estado de democracia y de civilización modernos, el machismo denuncia a una sociedad particular y a su gente.

Traficando etnográficamente por las calles de Guayaquil he constatado que, efectivamente, los discursos regionalistas y anticentralistas son agresivos y desempeñan un papel clave en la articulación de un discurso político califi-

cado como propio para canalizar frustraciones y resentimientos que la gente, independientemente de su clase y posición social, guarda en contra del centralismo quiteño. Por lo tanto, no estoy negando la existencia de prejuicios regionales, ni tampoco de crudos discursos sexualizados para referirse a Quito y a los serranos. Pero el reconocimiento de tales prejuicios no implica la aceptación de una estructura de oposiciones binarias que sirve dentro de constructos intelectuales para estigmatizar a uno de los polos en detrimento del otro. Aquí he argumentado que las nociones de cultura, cultura política y cultura popular han servido precisamente a la función de confirmar la existencia de todos homogéneos, con fronteras claramente discernibles y con categorías descriptivas fácilmente jerarquizables.

Debido a la paradójica posición de la producción intelectual aludida al principio de este artículo, los prejuicios regionalistas serranos han sido canonizados como teorías sociológicas, mientras que los prejuicios regionalistas costeños son, efectivamente, mantenidos como tales, objetivizados y exacerbados por los discursos académicos. Cabe preguntarse, entonces, cuál ha sido la función de la sociología serrana: ¿la de hacer avanzar pensamientos democratizantes como lo sostiene explícitamente, o la de perpetuar estereotipos y profundizar alienaciones?

La utilización de la idea de cultura en este tipo de agenda, por supuesto, no es excepcional al caso ecuatoriano. En otros lugares del globo formas de nacionalismo, de intolerancia racial y religiosa, así como políticas de limpieza étnica constituyen los ejemplos más dramáticos de los usos de este término para justificar agendas fundamentalistas (v. Hann; Rajagopal; Wilson). Si bien en Ecuador el uso público de los conceptos de cultura y, en un menor grado concerniente al lenguaje de los medios masivos, el de cultura política, no ha tenido todavía efectos explosivos, y si bien la circulación de conceptos nunca ha sido ni puede ser patrimonio de disciplinas académicas específicas, las entradas al problema de lo que la gente piensa y como se relaciona práctica, social y materialmente con lo político se beneficiarían del abandono de conceptos antropológicos que, por las deformaciones o fijaciones que su circulación social supone, terminan efectuando operaciones inversas a los propósitos explicativos iniciales.

La cultura, en el caso aquí discutido, ha servido no como un mapa heterogéneo, flexible y maleable para entender de qué modo las ideas se relacionan con condiciones de poder y materiales, sino como la carpa de un circo que cubre los cuerpos de todos los estudiados, incluyendo sectores populares y elitarios. Si a la sociología y a la ciencia política se deben los avances y lo que se conoce sobre política en Ecuador, y si a la antropología se le debe el no haber contribuido sustancialmente a este análisis, todavía queda tratar con una doble evidencia: ni lo político ni lo cultural es solamente lo que se ha heredado en el debate, ni los sujetos mismos piensan el poder y la cultura en términos uniformes, necesariamente discernibles y desconectados. La calentura culturalista ha estado precisamente en las sábanas conceptuales.

Referencias

Andrade, Pablo: «Libertad, desarrollo y democracia: Para re-pensar la democracia realmente existente en Ecuador» en *Iconos* Nº 10, 2001, pp. 100-109.

Andrade, X.: «Culture as Stereotype: Public Uses in Ecuador» en R. Fox et al. (eds.): *Anthropology beyond Culture*, Berg, Londres, en prensa a.

Andrade, X.: «Homosocialidad, disciplina y venganza» en G. Herrera (ed.): *Masculinidades en Ecuador*, Flacso / Unfpa, Quito, en prensa b.

Andrade, X.: «Machismo and Politics in Ecuador, The Case of Pancho Jaime» en *Men and Masculinities* (3) 3, 2001, pp. 299-315.

Asad, Talal: «Anthropology and the Analysis of Ideology» en *Man* Nº 14, 1979, pp. 607-627.

Bourdieu, Pierre: *Distinction: A Social Critique of the Judgement of Taste*, Harvard UP, Cambridge, 1996.

Burbano de Lara, Felipe: «Populismo, democracia y política: El caso de Abdalá Bucaram» en Juan Paz y Miño (ed.): *Populismo*, Ildis, Quito, 1992.

Burbano de Lara, Felipe: «Reflexiones a propósito de 'un loco que ama'» en *Iconos* Nº 1, 1997, pp. 43-52.

Bustamante, Fernando: «A la búsqueda de la razón perdida» en *Ecuador Debate* Nº 44, 1998, pp. 21-34.

Bustamante, Fernando: «Los partidos y los alineamientos políticos como culturas» en *Iconos* Nº 9, 2000, pp. 88-97.

De la Torre, Carlos: *¡Un solo toque!: Populismo y cultura política en Ecuador*, CAAP, Quito, 1996.

De la Torre, Carlos: «Veinte años de populismo y democracia» en *Iconos* Nº 9, 1999, pp. 80-87.

De la Torre, Carlos: *Populist Seduction in Latin America: The Ecuadorian Experience*, Ohio University Press, Athens, 2000.

Hann, Chris: «All kulturvolker now?», ponencia presentada en el simposio Culture and the Cultural: New tasks for an Old Concept, Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research, Morelia, septiembre de 2000.

Lomnitz-Adler, Claudio: «Concepts for the Study of Regional Culture» en E. van Young (ed.): *Mexico's Regions: Comparative History and Development*, Center for US-Mexican Studies, San Diego, 1992, pp. 60-89.

Maiguashca, Juan y Lisa North: «Orígenes y significados del velasquismo: Lucha de clases y participación política en el Ecuador, 1920-1972» en Rafael Quintero (ed.): *La cuestión regional y el poder*, CEN, Quito, 1991, pp. 89-160.

Menéndez-Carrión, Amparo: *La conquista del voto en el Ecuador: De Velasco a Roldós*, CEN, Quito, 1986.

Menéndez-Carrión, Amparo: «Región y elecciones en el Ecuador: 1952-1988, Elementos para un debate» en Rafael Quintero (ed.): *La cuestión regional y el poder*, CEN, Quito, 1991, pp. 247-296.

Rajagopal, Arvind: «Hindu Nationalism and the Cultural Forms of Indian Politics» en *Politics after Television: Hindu Nationalism and the Reshaping of the Public in India*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001, pp. 30-71.

Ramírez, Franklyn: «Explorando en un agujero negro» en *Iconos* Nº 7, 1999, pp. 46-59.

Roseberry, William: «Balinese Cockfights and the Seduction of Anthropology» en *Anthropologies and Histories: Essays in Culture, History, and Political Economy*, Rutgers University Press, New Brunswick-Londres, 1989, pp. 17-29.

Trouillot, Michel-Rolph: «Adieu, Culture: Theory, Politics and the Life of Concepts», ponencia presentada en el simposio Culture and the Cultural: New Tasks for an Old Concept, Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research, Morelia, septiembre de 2000.

Wilson, Richard: «Human Rights, Nation-building and Culture in South Africa», ponencia presentada en el simposio Culture and the Cultural: New Tasks for an Old Concept, Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research, Morelia, septiembre de 2000.

Wolf, Eric R.: «Contested Concepts» en *Envisioning Power: Ideologies of Dominance and Crisis*, University of California Press, Berkeley, 1999, pp. 21-67.